

En medio de aquella gran paz de la vida alejandrina todo se desarrollaba con entera libertad. La relación entre las diversas razas era íntima y fecunda. Los helenistas, que formaban la clase dominante, demostraban una gran tolerancia. Los judíos, con su humildad y flexibilidad agradaban a aquellos amos altivos, pero benévolo. Eran buenos dependientes, buenos administradores, buenos agentes subalternos. Reinando Tolomeo Filometor, disfrutó la colonia judía en Egipto de perpetuo favor. Seguramente se ha exagerado mucho lo que los historiadores judíos contaban sobre esto. La vanidad y la posición inferior de los judíos los hacían sensibles al menor favor de los soberanos, concediéndole gran importancia. Hemos notado su tendencia a aumentar desmesuradamente la lista de los extranjeros distinguidos que visitaban su templo. Muéstrase Josefo orgulloso de que sus compatriotas alejandrinos hubieran vivido familiarmente, con los reyes, y supone que en tiempo de Filometor y Cleopatra los judíos mandaban en la corte, y que «ambos soberanos habían confiado su reino a los judíos». Según él, Onías y Dositeo (Johanán), judíos ambos, fueron generales en jefe del ejército egipcio, y Onías fue quien, después del fallecimiento de Filometor, aseguró el trono a Cleopatra, en detrimento de Fiscón. Todo ello es muy dudoso. Lo

seguro es que, durante el período de lucha entre seléucidas y lágidas, los judíos de Oriente eran partidarios de éstos y consideraron las derrotas del reino del Norte como victorias del partido del orden y la legitimidad.

Debido a la vanidad judía se cubrieron los orígenes del judaísmo helenista con tal tejido de imposturas, que es difícil descubrir lo apócrifo de lo real en tan oscura historia. Parece indudable que, reinando Filometor (170-150 antes de J.C.), los judíos de Alejandría entraron en contacto profundo con el helenismo, sintieron emulación y empezaron a escribir en griego, imitando a los griegos. Los primeros ensayos no fueron muy felices. Los judíos habían sido hasta entonces ajenos a toda crítica. Los falsos racionamientos que oían sobre Homero y la antigua literatura griega, turbaban su exégesis bíblica, muy defectuosa por sí. Un conocimiento superficial de los orígenes mitológicos e históricos de Grecia, como se conocían en Alejandría, los lanzó a un sincretismo insensato. La costumbre de especular sobre Orfeo y Trismegisto indujo a los judíos a imaginar infinitas fábulas sobre Abraham. Hacía tiempo que no se comprendía el genio de la antigua Biblia. Lastimosas composiciones históricas, fraudulentas muchas veces, que inspiraron injustificada confianza a los apolo-gistas judíos y cristianos, salieron de esta especie de enfermedad que produjo en Israel la inoculación hartó rápida del helenismo. Demetrio, Aristetas, Cleodemo y Malco parece que conservaron cierta serenidad en sus supuestas elucubraciones históricas. Eupolemo y Artapán no pusieron límite a su fantasía charlatanesca. Artapán incluso dijo que los judíos habían dado a los egipcios todos sus conocimientos e instituciones. Para él, todo el culto egipcio se debía a Moisés, que fue el Musceus de los griegos, maestro de Orfeo; inventó la navegación, la edificación, el arte militar, la filosofía, es el mismo Hermes, etc.

Dichas sandeces se pusieron a veces en verso y hubo historias, en hexámetros malos, de Jerusalén y Siquem.

Estas composiciones pueriles fueron tomadas en serio por parte de la opinión egipcia. El célebre Manetón habló seguramente de los judíos, y el pasaje que Josefo reproduce como de él, pudo serlo en efecto, aunque también pudo ser interpolado. Lo mismo debe decirse de Lisímaco, de Queremón, Hecateo y quizá de Hermipo.

Gracias a una circunstancia se facilitó mucho la circulación de tales embustes. El gran recopilador Alejandro Polyhistor, hacia el año 75 antes de Jesucristo, al escribir sobre toda clase de asuntos, se ocupó también de los judíos y compuso un *Peri Ioudaion*, colección de extractos hechos sin discernimiento. No tuvo buena mano y escogió la literatura poco apreciada de que acabamos de hablar. Casi todos los datos apócrifos repetidos acerca de los judíos fueron tomados de Polyhistor.

El sentido apologético se mezclaba casi siempre con la composición de aquellos escritos. Ante un público malévolo o ignorante de su pasado, los israelitas sentíanse inclinados a la jactancia. Defendían que los escritos hebreos valían más que los griegos, primeramente por ser más antiguos, en lo cual tenían razón, pero daban otros motivos sin fundamento. La mayor objeción de los helenos era lo poco que hablaban de los judíos los escritores clásicos de Grecia, únicos que merecían crédito. Para reparar este silencio, que también nos asombra, se inventaron citas

en favor de Israel, sosteniendo que los antiguos griegos habían conocido y estimado a los judíos, que hablaban de ellos como de un gran pueblo, y que decían de ellos cosas muy honrosas. Todos los patriotismos intensos ofenden de este modo a la verdad.

En la época de Alejandro y del primer Lágida había vivido un sabio muy apreciado, Hecateo de Abdera, cuyos escritos sobre Egipto tenían una gran autoridad, y hablaba en ellos de los judíos con gran justicia e imparcialmente. Eligiéronle como garantía los falsarios judíos y en los pasajes auténticos de Hecateo intercalaron toda una serie de invenciones y elucubraciones de su cosecha personal.

Del mismo modo apelaban al testimonio de Oriente, valiéndose de los escritores egipcios, caldeos y fenicios. En general, toda la apologética de Josefo se remonta a la escuela judía de Alejandría del segundo siglo antes de Jesucristo. Para los apologistas cristianos, hubo en tiempo de Filometor un sabio judío, de la escuela peripatética, llamado Aristóbulo, que dirigió al rey una explicación de los escritos de Moisés, donde llegaban al colmo las pretensiones de los judíos, diciendo que la filosofía peripatética procedía de Moisés, que Platón le había imitado, y que Homero y Hesiodo le debían mucho.

Tenemos por apócrifo el escrito de Aristóbulo, compuesto en el siglo II de nuestra Era, en tiempo de San Justino y Taciano.

La exégesis alegórica de que abusó de forma extraña la escuela de Alejandría, era a su modo un gran embuste creado de buena fe. Para evitar que se riera el racionalismo helénico de ciertos rasgos de grandiosa ingenuidad de los antiguos textos hebreos, se decía: «No sucedió así; son imágenes y metáforas.» Todos los apologistas se parecen. Las iglesias orgullosas han quemado en otro tiempo a los pensadores que con pobres escapatorias trataban de cohonestar la imposibilidad de la exégesis corriente, pero hoy, al verse apuradas, recurren a los mismos expedientes, para los cuales se mostraron antes implacables. Así va el mundo; pero a través de los absurdos que se gastan, la pobre razón, que nada deja perder, sigue avanzando.